

La poesía de Fabio Morábito, un juego de espejos subjetivos

Juan Carlos Abril

Alguien se está bañando en el mar –la dedicatoria no deja lugar a dudas– pero a la vez parece que se nos está hablando del acto de la escritura, o de una opción de escritura:

*A Sandra Suter
que se quedó nadando*

SI TE REVUELCA LA OLA
procura que sea joven,
esbelta, ardiente,

te dejará molido el cuerpo
y el corazón más grande;

cuídate de las olas
retóricas y viejas,
de las olas con prisa,

y la peor de todas,
de la ola asesina,

la ola que regresa.

(pp. 43-44)

Fabio Morábito, *La ola que regresa (Poesía reunida)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.

Con esta brevedad y concisión, con este ambiguo lenguaje que alude a dos cosas a la vez, y con ese verso magistral con el que cierra el poema, Fabio Morábito –nacido en Alejandría, Egipto, en 1955, de padres italianos, y criado en Milán hasta los 15 años, lo cual no será un dato baladí en su biografía– reúne por vez primera en este volumen, *La ola que regresa (Poesía reunida)*, sus hasta ahora sólo tres poemarios, *Lotes baldíos* (1985), *De lunes todo el año* (1992), y *Alguien de lava* (2002). El hecho de que en el poema que da título a la obra completa se aluda a dos realidades no será una casualidad, porque detrás de la aparente sencillez de un lenguaje que busca la coloquialidad o indaga en los registros de la rutina, se esconde una parábola diaria y un ejemplo de vida. De esos ejemplos, sobre todo en el primer libro, podrían desprenderse algunos poemas como la serie agrupada en «Casi relatos» (pp. 31-38), al modo de Raymond Carver o cierto Julio Cortázar. Aparecen entonces ahí personajes urbanos, descolgados de la vida y en continua crisis, situaciones límite y, sobre todo, una particular forma de narrar, dinámica y atractiva, en la que se plasma un mundo poco habitable, cruel y sorprendente, azaroso. Y en contraposición a estos relatos, o casi, el «Cuarteto de Pompeya» (pp. 51-53) puede resultar ilustrativo de esa otra ciudad que se quedó abrasada y que gracias al vaciado de los cuerpos con la técnica del yeso, vemos congelados aquellos cuerpos que, tras los siglos, han sobrevivido, pero ya como piedra. Ese detalle de una mujer y un hombre petrificados en el acto amoroso.

Por otro lado, la referencia a la escritura y por extensión a la *literatura*, seguramente a la suya propia, y a todo ese aparejo metapoético, no serán tampoco hechos aislados. Así, y paralelamente a esto, se refiere el poeta también a la lengua con la que escribe, el español, una lengua aprendida a partir de los 15 años; esto es cuando ya el adolescente no sólo ha configurado todo su mundo sino que también ha asumido, ha asimilado una lengua y una cultura, con la consecuente marca de melancolía que supondrá tener que desprenderse de ello. Poemas como «La luna llena» (pp. 93-95) muestran la inquietud de los adolescentes que van a abandonar no sólo una ciudad –Milán– sino una cultura –la italiana– para sumergirse en México D. F. y la cultura mexicana. Europa, América... ¿otro mundo es posible?, ¿se puede construir otra

cultura en la que te insertes y logres sentir como tuya propia? Si desde la poesía se puede llegar a alguna conclusión por el estilo, seguramente a través de la que escribe Fabio Morábito aprendemos que sí, puesto que su vida así lo fue. Vida y literatura, o literatura y vida, no pueden ir aquí más unidas. Sin embargo, no todo es tan fácil, ni este proceso se halla exento de contradicciones. El despegue –se podría escribir también ‘destete’– de la cultura de origen no fue fácil, como muestra el poema «Club italiano» (pp. 96-97), y lo peor no es sólo no sentirse de ningún sitio, no querer volver o tener que asumir una nueva identidad que nunca vas a creerte del todo, sino saber que has perdido algo, la sensación de pérdida:

AHORA,
después de casi veinte años
lo voy sintiendo:
como un músculo que se atrofia
por falta de ejercicio
o que ya tarda en responder,
el italiano,
en que nació, lloré,
crecí dentro del mundo
[...] se evade de mis manos [...]

(pp. 100-101)

Esta es una constante que se repetirá en todos los libros de poesía de Morábito, y si el anterior poema pertenecía a *De lunes todo el año*, en *Alguien de lava*, su colección posterior, se pueden ver muestras en la misma dirección: «Puesto que escribo en una lengua / que aprendí» (p. 130). Es por esto por lo que anteriormente decíamos que no era baladí el dato biográfico. Y en realidad este tema salpica muchísimos poemas, y suele ir enmascarado la mayoría de las veces en esas reflexiones metapoéticas a las que hemos aludido, tan abundantes en el conjunto de *La ola que regresa*. El canal metapoético sirve de conductor no sólo de la reflexión sobre la poesía que se escribe y de las dudas sobre lo que se escribe, sino también de la lengua que se usa, del código usado. Ésa es, en el fondo, la verdadera reflexión metapoética, que busca en última instancia la materia prima –la herramienta: la lengua– para contemplarla a cierta distancia, para preguntarse por su